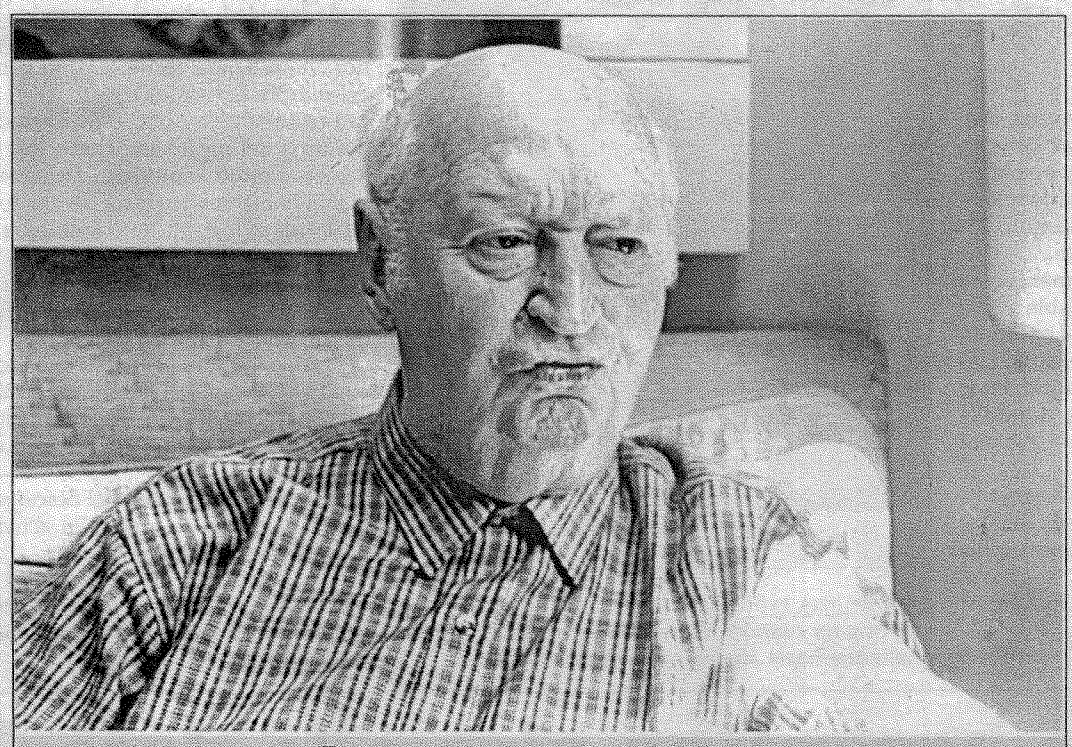
El comunista chileno Volodia Teitelboin en el fin de siglo

"El socialismo debe tener su sello propio"

Tal vez pocos personajes reflejen con tanto rigor la dualidad entre política y literatura como Volodia Teitelboin. A los 83 años, este chileno de origen judío-ruso ha guardado una trayectoria política que lo llevó al Senado, el exilio y la secretaría general del Partido Comunista.

Gustavo González

Santiago, IPS



LITERATO Y POLÍTICO, TEITELBOIN ANALIZA LA REALIDAD ANTE LA LLEGADA DEL FIN DE SIGLO.
FOTO: ARCHIVO

Mantuvo durante décadas la literatura como un amor postergado, hasta que en los últimos años se reinstaló en gloria y majestad en las letras latinoamericanas con sus ensayos sobre Jorge Luis Borges y los tres grandes de la poesía chilena: Vicente Huidobro, Gabriela Mistral y Pablo Neruda.

IPS —Comencemos hablando de literatura. En una votación se estableció que "Ulises", del irlandés James Joyce, es la gran novela de este siglo. ¿Cuál es, a su juicio, la gran novela escrita en este siglo en América Latina?

TEITELBOIM —Me inclino por "Cien Años de Soledad" (del colombiano Gabriel García Márquez), porque es una creación inaudita, que reproduce la realidad trágica y, a la vez, la magia de América Latina, derribando el muro que separa la realidad de la fantasía.

(El escritor chileno) José Donoso alguna vez me dijo que aquel libro era un milagro. Yo creo en los milagros, y no son sobrenaturales, sino que derivan de trasfondos que no aparecen siempre a la vista del público, porque las tendencias literarias suelen imponer cierto modo de mirar al hombre, la naturaleza y el mundo.

García Márquez quebrantó estas líneas de contemplación para revelar algo que parecía arcaico y a la vez muy moderno, y que a mi juicio deriva de raíces muy antiguas de la literatura, porque "Cien Años de Soledad" es un libro de milagros como la Biblia.

Rememora la literatura preclásica española, y seguramente europea, donde los prodigios, las derogaciones de la naturaleza, de las leyes físicas, eran el alimento espiritual del lector de aquel tiempo, donde los hechos extraordinarios formaban parte de su concepción del mundo y de las cosas.

Se podía creer en brujerías, en lo oculto, en mundos inverosímiles, y esto subyace en la mentalidad de la humanidad.

IPS —¿Podríamos decir también, entonces, que el realismo mágico ha sido un aporte latinoamericano en este siglo?

TEITELBOIM —Sí, pero tiene padres, abuelos y antepasados, y los antepasados están en las literaturas de oriente y occidente muchas veces desconocidas. "Las Mil y Una Noches" puede ser un tío bisabuelo de "Cien Años de Soledad".

También las novelas de caballería, todos esos libros que enumera Cervantes en las primeras páginas del Quijote como leídas por el personaje y que lo llevaron a la locura y que se leían también en la América española, aunque la Corona pronto impidió la importación de libros porque inducían a malos pensamientos.

Porque también derogaban las normas establecidas de la llamada cordura o sensatez.

En ese dominio en que la fantasía se nutre de realidad para convertirla también en fantástica, el realismo mágico es una expresión afortunada que no hay que tomar tan al pie de la letra.

Porque otros escritores latinoamericanos importantes de este siglo, como Alejo Carpentier, hablan de lo real maravilloso, y de pronto apareció un escritor que, refiriéndose a América Latina, dijo que habría que hablar de "lo real espantoso". Todas son expresiones adecuadas para la realidad de América Latina. La tierra de El Dorado, de las zonas encantadas, el paraíso que visualizaron muchos teóricos europeos en el siglo XVI cuando se descubrió este continente para convertirlo en una especie de gran égloga y en la Arcadia feliz, donde se cumplía aquel sueño expresado por Cervantes en el discurso de los cabreros, en el Quijote.

Esa edad feliz, esa edad de oro del pasado en que no había ni tuyo ni mío y todo era propiedad común. Todo eso se atribuyó a América en un momento determinado, cuando el capitalismo todavía no había sido introducido y eso desaparece. Y este continente vive también todos los dramas del mundo contemporáneo.

Además, no se debe idealizar la historia precolombina como una historia no exenta de contradicciones, cuando estaban las Guerras Floridas, un nombre político para hablar de los sacrificios humanos, de las luchas entre las etnias, entre las tribus, y también de las crueldades como simbología religiosa y como deber impuesto por los dioses.

Por lo tanto, no podemos decir que América fue el paraíso terrenal de verdad, pero muchos aseguran, y posiblemente tengan razón, que este continente fue menos desdichado entonces que ahora.

Así lo sostienen las etnias, los pueblos originarios que quieren volver a sus raíces directas, vinculadas de manera entrañable con la naturaleza, con los ciclos de las estaciones, y con una sabiduría ancestral milenaria.

El problema es si todo esto contribuye a la felicidad del hombre o a hacer su vida menos dura.

IPS —Es que en este universo literario del realismo mágico también está el otro componente, una América tal vez modernizada a la fuerza, que tiene violencia, explotación.

TEITELBOIN —Exactamente. "Cien Años de Soledad" no lo oculta.

Habla de su país, de Colombia, son cien años de soledad pero también cien años de guerra, de violencia, que sin duda explican y acrecientan el sentimiento de soledad, de desconsuelo de la gente.

Todo eso aparece mezclado también con el afán de sobrevivencia, que deriva en la sensualidad, en la fornicación, en los milagros, en las mujeres que levitan. Es decir, en la maravilla, que la necesita también el hombre, incluso en medio de las mayores desdichas.

IPS —¿Sigue existiendo esa maravilla al final del siglo?

TEITELBOIN —Yo creo que lo que está pasando, la aldea global, conspira contra esa fuente inagotable de fantasía que nace del subsuelo anónimo de los pueblos.

Porque si se trata de uniformarlos a todos, desde el punto de vista de mentalidad, mediante el mensaje cotidiano que transmiten los medios de comunicación a todos los puntos del mundo, incluso a los lugares más miserables, se trata también de destruir el sentimiento autóctono y la manera de mirar el mundo de otra manera.

Hay un combate por la mentalidad de la gente, para que abandone sus propias raíces, en el fondo lo que se llama su identidad, para ser consumida, atraída y envuelta por esta sociedad consumista con valores del mercado, incluso para aquella gente que no puede consumir en el mercado y lo mira desde fuera.

Para quien 'tener' algo es mucho más importante que 'ser' algo, todo esto es un gran conflicto.

IPS —¿Y qué alcance tiene ahora ese conflicto?

TEITELBOIN —Ese es el traspaso que va a hacer el siglo XX al siglo XXI, al tercer milenio. No lo auguro en absoluto como un período de paz universal. Algunos dicen que el siglo XXI ya empezó con la caída de la Unión Soviética y posiblemente con la guerra de Yugoslavia.

Y empezó sobre la base de los 10 últimos años del siglo XX, los que contabilizan mayor número de conflictos regionales, y posiblemente se anuncie esto como el cuadro prometido para el siglo XXI, por lo menos para las primeras décadas.

Asistimos a una revolución colosal desde el punto de vista de las comunicaciones, desde el punto de vista tecnológico, pero manejada por algunas manos. Nunca ha habido tanta riqueza concentrada en tan pocas personas, y tanta miseria creciente. Este panorama asegura que los tiempos que vienen no serán calmos. Por el contrario, serán tiempos de ruptura, y ya empezaron.

Frente a esto también se está disipando la euforia delirante con que se saludó la caída de la Unión Soviética, la liquidación de toda idea de cambio revolucionario y de que el mundo, conforme al absurdo, sería un mundo monocolor, un mundo aburrido, tedioso, en que nada pasaría, y por lo tanto se produciría el hastío.

Y además, junto con eso, un mundo enteramente sumergido en el ansia consumista, olvidándose de los valores espirituales, y de las contradicciones reales que se profundizan.

IPS —La literatura no escapa tampoco a esas contradicciones.

TEITELBOIN —Porque la literatura es también un campo de batalla.

Hay una literatura "light", que es la que el sistema promueve, porque es para las mentalidades vacías de contenido, para quienes la lectura debe ser entretenimiento y una manera de matar el tiempo.

O sea, al revés de lo que se decía, que la literatura debe resucitar el tiempo, respetar la memoria, los grandes sentimientos solidarios, el humanismo. Creo que la literatura latinoamericana está frente a un problema de autorresponsabilidad respecto de sus pueblos, de su gente.

A propósito de la consideración por muchos de que el Ulises es el prototipo de la novela del siglo XX, yo creo que el Ulises tiene una importancia colosal desde el punto de vista de la inmersión en la vida interna del personaje, resumido todo de una manera fabulosa y naturalmente artificiosa.

Al describir 24 horas de la vida de un hombre, Ulises resume toda la vida del hombre, y de todas las épocas y de todo el mundo.

Y esta vida es una vida en que la realidad externa, una multitud de detalles de la vida cotidiana, siempre pasan por el tamiz, por el filtro de la vida interior, por la reflexión y el monólogo interior, de la conversación del hombre consigo mismo.

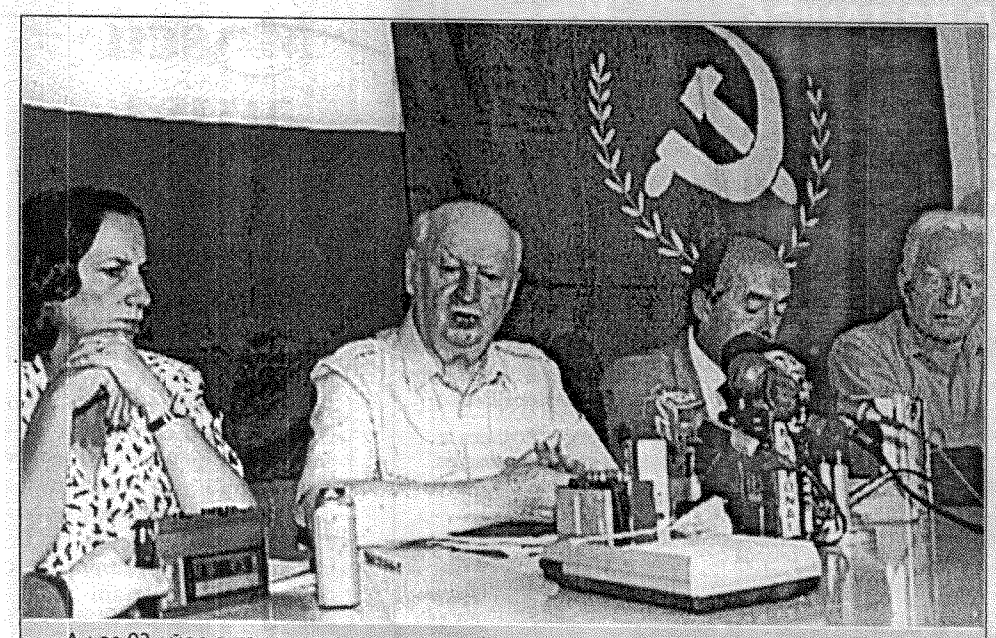
Eso es muy importante, y es el gran legado de esta novela, que alguien definió como la locura de un hombre insensato, porque pretendió lo imposible.

Es una novela de lectura compleja, difícil, no para el lector común, acostumbrado sólo a la lectura del periódico. Pero desde el punto de vista literario señala un camino que no es un camino solitario o aislado porque hay muchas tendencias, no sólo en la literatura, y muchos aportes en el campo de la ciencia, de la investigación del hombre.

Porque el hombre no es sólo un ser económico, ni es el que sabe hacer ciencia, ni es tampoco pura esencia espiritual. Todo y es la combinación que puede hacer un cóctel infernal y lleva a grandes tragedias porque otra de las características de nuestro tiempo es la neurosis y el estrés como enfermedades universales.

IPS —Desde el punto de vista de la literatura, ¿quiénes reflejan mejor al hombre, los narradores o los poetas?

TEITELBOIN —Yo creo que Pablo Neruda es el caso máximo de representación más completa del mundo físico, del mundo humano, del mundo de la sociedad.



A LOS 83 AÑOS, ESTE CHILENO DE ORIGEN JUDÍO-RUSO HA GUARDADO UNA TRAYECTORIA POLÍTICA QUE LO LLEVÓ AL SENADO, EL EXILIO Y LA SECRETARÍA GENERAL DEL PARTIDO COMUNISTA. FOTO: AFP

cosas, de la naturaleza, del amor.

Y por lo tanto él, incluso en un momento determinado, defiende la poesía como crónica, lo cual lo acerca de alguna manera a la novela.

Yo creo que es el poeta más representativo del siglo XX, por lo menos en América Latina, y tal vez de lengua española, y por muchos indicado como uno de los grandes poetas del siglo XX a nivel universal.

No quiero yo construir con Neruda un monumento solitario, el único que está en la plaza, porque poetas hay muchos y grandes poetas, poetas muy significativos en diversos planos

Y es posible, por ejemplo, que muchos, y a mí no me parece una cosa exorbitada si no justa, estimen que (el peruano) César Vallejo, desde el punto de vista del desgarramiento humano y también de la rebelión contra el dolor de ser de que hablaba (el nicaragüense) Rubén Darío, llegue con más profundidad que Neruda.

Es un hombre que dice "yo nací un día en que Dios estuvo enfermo grave".

Ahora, Neruda es el poeta total, y si uno quiere saber, conocer y sentir el siglo XX a nivel mundial, y particularmente a nivel latinoamericano, y sobre todo con ojo chileno, tendrá en Neruda a quien dijo más sobre aquello.

Y lo dijo también de manera entrañable políticamente, porque tenía esa condición de convertir en poesía cuanto tocaba, aunque parecieran temas prosaicos

IPS —Si este siglo terminó con la disolución de la Unión Soviética o la guerra de Yugoslavia. ¿Cuándo comenzó? ¿Comenzó con la revolución de octubre en 1917?

TEITELBOIN —Creo que sí. Comenzó, digamos como prólogo, con la primera guerra mundial, en 1914, y una consecuencia de ella, no exclusivamente de la guerra, pero en la que tuvo una influencia muy fuerte, fue la revolución de octubre en Rusia.

El siglo empezó con la creación de ese país que luego sería llamado Unión Soviética y terminó con la desaparición de ese sistema, en 1991. Son, a mi juicio, dos hitos de un solo proceso, y que duran cerca de un siglo, que lo marcan, y determinan la polarización de dos sistemas.

IPS —¿Se acabó el socialismo con la desaparición de la Unión Soviética?

TEITELBOIN —Creo que el socialismo, hablando en términos genéricos, no se ha acabado en el mundo. Al fin y al cabo se hace abstracción de un pequeño detalle: China, el país más poblado de la Tierra, con 1.200 millones de personas, que hace un socialismo a la china, algo que a mí me parece muy bien.

Porque si el socialismo ha de persistir deber tener el sello de su propia nación y de su propia idiosincrasia.

No hará de Marx y Lenin una especie de aplicación detallista, sino que los interpretará de acuerdo con su propia realidad y su propia historia, su conciencia, su idiosincrasia.

Y (lo hará) a la conveniencia también de un mundo interrelacionado, que no queremos decir que sea un mundo único, es un mundo donde hay muchas diferencias.

Para ser realmente marxista se necesita una lectura actualizada de Marx, no una lectura dogmática ni tampoco una lectura al pie de la letra, creyendo que todo lo que él escribió en su época, el siglo XIX, puede aplicarse al siglo XXI.

No, hay que releer a Marx y aplicarlo en cada país conforme a las nuevas realidades, pero en virtud también de ciertas realidades que persisten: la explotación del hombre por el hombre existe, existen las desigualdades terribles entre el mundo de los grandes poseedores coloniales y ahora entre el mundo desarrollado y el subdesarrollado.

Esto hace crisis, porque las hambrunas, las formas de la explotación impiden a Africa, gran parte de Asia y también gran parte de América Latina, resolver los problemas fundamentales de sus mayorías.

El siglo XXI hereda agravadas todas las contradicciones del siglo XX y lleva en sus entrañas erupciones volcánicas, desde el punto de vista político, y en algún momento determinado también presentará grandes cambios.

Con todas las diferencias que significan 1.500 años de distancia, se vive de alguna manera el apogeo y la decadencia del Imperio Romano.

Los bárbaros penetraron el Imperio Romano durante mucho tiempo, eran los pobres, los que intervenían y se adentraban, y eso se está produciendo hoy, por las grandes migraciones de Africa hacia Europa y también en Estados Unidos por parte de los llamados hispanos, de asiáticos, y por las contradicciones de blancos y negros.

No quiero ser catastrofista, pero el mundo está lleno de catástrofes. Basta leer los diarios de cada día para verlo, y no sólo catástrofes naturales, también políticas.

IPS —Uno de los interrogantes que deja este siglo con la caída de la Unión Soviética es si se puede construir un sistema que garantice los derechos sociales de la población y al mismo tiempo la democracia y la libertad.

TEITELBOIN —Eso es indispensable, esa fue la razón del fracaso (del socialismo soviético). Eran regímenes socialistas que creían que bastaba con que la gente tuviera bienestar económico, y derecho a la educación y otros derechos humanos fundamentales.

Y que no era necesario una participación directa a través de la opinión pública, de la discusión, de la democracia, de la libertad, y esa es una de las correcciones que tiene que hacer la nueva tentativa, el nuevo ensayo socialista del siglo XXI.

Respetar los valores sociales, junto con los valores humanos y los valores de la participación de las personas, a través de la libertad y la democracia, que no son valores abstractos, porque tienen que concretarse realmente. En muchos países hay libertad y democracia pero la gente se muere de hambre y la desigualdad es absoluta.

Los derechos humanos son muchos, no son solamente políticos, son también económicos, sociales, culturales, de participación, y eso el socialismo tiene que contemplarlo.

El neoliberalismo habla de achicar el Estado al máximo, y en realidad, sólo lo usa para fines represivos.

En lo demás goza de la más absoluta impunidad para imponer el predominio de los monopolios sin contrapeso, convertir toda la vida en un negocio, y los derechos humanos fundamentales, como el derecho a la vida, a la salud, se convierten en un negocio.

IPS —¿Cómo ve usted el futuro político de América Latina en el nuevo siglo?

TEITELBOIN —Creo que América Latina es uno de los subcontinentes más atrasados en cuanto a la conciencia de su destino integrado, a pesar de que tiene muchos más factores de unificación que cualquier otra zona del mundo.

No hay en el globo terrestre una región como ésta, que desde México hasta Chile y Argentina tiene una continuidad territorial con comunidades idiomáticas, comunidad de civilizaciones precolombinas, de sociedades coloniales que implantaron formas de vida, conceptos de religiosidad común, maneras de ser.

Pero tras la independencia, los libertadores, que eran discípulos de la Revolución Francesa y creían como (Simón) Bolívar en la unificación de toda la América española, fueron sacrificados y se impuso el feudalismo interno.

Los países latinoamericanos no encontraron entonces nada mejor que afirmar su identidad nacional de la peor manera, que era la guerra, porque cada uno peleó con su vecino.

Hay que deshacer este camino trágico, y eso será difícil, porque los intereses son duros. Aquí, el que unifica es el capital, no están unificados los pueblos, y se unifican bajo una dirección externa, que es la de Estados Unidos.

Este camino de la integración hay que hacerlo de a poco.

No se trata de crear un gran país desde México hasta Chile, sino una gran confederación de Estados independientes, que conserven su identidad, muchos de sus aspectos soberanos, pero que están integrados frente al vecino del norte, que justamente ha sido el gran promotor de su división.

IPS —¿Usted cree que están en crisis en estos momentos también las corrientes políticas tradicionales en América Latina, como lo demostraría, entre otros, el caso de Hugo Chávez en Venezuela?

TEITELBOIN —Creo que sí. Los partidos han dejado de ser expresiones reales del interés popular y colectivo y se constituyen en entidades corporativas atentas al manejo de poder y a los intereses de sus integrantes y dirigentes.

Es decir, aspiran al poder por el poder. Entonces, el interés de la gente es muy distante, y eso lo remedian mediante una simulación, unas consultas electorales hechas siempre sobre la base de que son manejadas por el dinero, por el control de los grandes medios, por el mensaje engañoso.

Ya en Europa se han producido fenómenos de esta naturaleza. Por ejemplo, el derrumbe del Partido Demácrata Cristiano de Italia, que gobernó durante unos 40 años, que parecía eterno, inmutable e incambiable, y lo mismo le ocurrió al Partido Socialista italiano.

Hay una crisis de los partidos en todas las regiones.

Yo creo que hay que abrir camino a una mentalidad en que el partido sea un servidor de la sociedad.

Es necesario atender distintos aspectos, en lo económico, social, cultural o en lo sindical, estudiantil, ecológico, el problema de género, los problemas tecnológicos, todos los grandes problemas que plantea la sociedad actual.

Y eso, a través de múltiples organizaciones, pues los partidos no deben ser los énicos voceros.

Los partidos deberían ser los intérpretes de esto, pero terminando con la dualidad entre palabra y hechos, terminar con el partido como espectáculo y como mentira.

Chávez representa una reacción contra la corrupción que significa convertir la política en una farsa.

Se ha producido en Venezuela, (la misma reacción) se producirá en otras partes, mientras no se recupere la política como